

# SANTOS SANZ VILLANUEVA Y FERNANDO VALLS / IN MEMORIAM GONZALO SOBEJANO: FILOLOGÍA, HISTORIA Y ENSAYISMO LITERARIO

Ha muerto en Nueva York el filólogo e historiador de la literatura española Gonzalo Sobejano. Allí pasó las tres últimas décadas de su vida hasta su jubilación, como profesor de la Universidad de Columbia en el 2009. Había nacido en Murcia, en 1928, en una familia numerosa, y su padre, Andrés Sobejano Alcayna, era profesor en la universidad de distintas disciplinas de humanidades: Literatura, Latín y Francés. Inició sus estudios de Filosofía y Letras en su ciudad, donde tuvo como



Gonzalo Sobejano.  
© Israel Rolón-Barada

principal maestro a Ángel Valbuena Prat. En uno de sus últimos libros afirma que cuando empezó a leer a *Clarín*, observó que su ciudad natal podría ser entonces una especie de Vetusta del sur. Cultivó de joven la poesía, e incluso llegó a obtener el premio Polo de Medina, con su libro *Eco en lo vacío* (1951), género que ha seguido escribiendo hasta el presente, llegando a publicar un puñado de poemas, de los que aquí damos una muestra. Mucho antes, a finales de los años cuarenta, se trasladó a Madrid para completar sus estudios de Filología Románica. En la Central asistió a las clases de Dámaso Alonso y Rafael Lapesa, con quienes se formó en la entonces pujante estilística. Al concluir la carrera, en 1951, estuvo en París con una beca, y más adelante estudió en Heidelberg con el romanista Harri Meier. En la ciudad alemana coincidió con Emilio Lledó y con Juan José Carreras, luego catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza. Continuó sus estudios en Maguncia y Colonia, y fue también en Alemania donde conoció a Helga Müller, su mujer, con quien vivió treinta y cinco años hasta su inesperado fallecimiento en 1988, cuando solo contaba 63 años.

Durante su época alemana recopiló, junto a Elisabeth Lobato y Gerda Theile Bruhus, una poco conocida antología de narradores españoles modernos: *Moderne spanische Erzähler* [Narradores españoles modernos] (Bachem, Colonia, 1963). En ella se recogen textos de Miguel Delibes, Carmen Laforet, Rafael Sánchez Ferlosio, Juan Goytisolo, Ana María Matute, Camilo José Cela, Ignacio Aldecoa, Jesús Fernández Santos y Luis Goytisolo. Se trata de un primer ejemplo de su interés por la narrativa contemporánea, que —dada la selección— ya conocía en profundidad y amplitud, aunque se eche de menos a los cuentistas del exilio republicano, de quienes más adelante también se ocupará. Y durante su estancia en Alemania, leyó con especial interés a Rilke y Kafka, «que dejaron en mí —confiesa— una huella muy fuerte».

Sobejano se doctoró en Madrid en 1955 con una tesis sobre *El epíteto en la lírica española*, publicada un año después en la prestigiosa colección Biblioteca Románica Hispánica de la editorial Gredos, que reeditó en versión revisada en 1970. Y ya en 1963, apoyado por el profesor Joaquín

Casalduero (a cuya obra crítica le dedicó un estudio), es contratado como profesor asociado en la Universidad de Columbia, en Nueva York. Su experiencia docente norteamericana prosiguió en la Universidad del Estado de Nueva York, en la de Pittsburg (Pensilvania), donde coincidió con Russell P. Sebold, Samuel G. Armistead y Peter Earle, y, hasta 1986, en la de Filadelfia. En esta fecha regresó definitivamente a Columbia, donde sumó, en sus dos etapas en esta institución, unos treinta años de docencia. A

la prestigiosa universidad neoyorkina, cuya Casa Hispánica lleva hoy su nombre, donó su biblioteca. Relatar aquí las numerosas becas y distinciones que recibió, tanto en Estados Unidos como en España, resulta imposible, como tampoco sería sensato señalar las prestigiosas universidades que lo contrataron como profesor visitante, entre ellas Princeton, Berkeley y Colonia. Echamos de menos, sin embargo, que no se le concediera el Premio Menéndez Pelayo, un reconocimiento que fue creado para investigadores de su talla, una función que no siempre ha cumplido.

Los trabajos de Gonzalo Sobejano cubren prácticamente toda la historia de la literatura española, desde la Edad Media (se ocupó, por ejemplo, del *Libro de buen amor*, de Juan Ruiz) hasta nuestros días. Sintió gran aprecio por autores de la primera posguerra. De Camilo José Cela prologó *La colmena* (Alianza, 1992). A Miguel Delibes dedicó reiterada atención. Escribió una introducción de más de cien páginas para la versión teatral de *Cinco horas con Mario* (Espasa Calpe, 1981), editó *La mortaja* (Cátedra, 1987) y prologó el tomo *Castilla como problema* (2001), en la serie *Mis libros preferidos* de Destino, que aglutina *Las ratas*, *El tesoro* y *El disputado voto del señor Cayo*. Este trato prolongado en el tiempo entre escritor y estudioso dio lugar a una muy interesante correspondencia que han coeditado la Fundación Miguel Delibes y la Universidad de Valladolid en el 2014. Prestó continuada atención a los narradores de la generación del 50, especialmente a Juan y Luis Goytisolo, junto a Juan Benet, a quien consideraba «un narrador extraordinario, aunque muy complicado y sofisticado». Ya entre los escritores posteriores o más recientes, habría que destacar su curiosidad por la narrativa de Miguel Espinosa (prologó *Tribada* en 1986), José María Merino y Juan José Millás, a quien tachó con fortuna de *fabulador de la extrañeza* en un librito de 1995. No pudo cumplir, sin embargo, el encargo de editar *Antagonía*, de Luis Goytisolo, obra imprescindible de la prosa del medio siglo que tuvo en él a uno de sus mayores valedores. La ejemplar y definitiva edición crítica de la tetralogía corrió a cargo del profesor Carlos Javier García (Cátedra, 2016) y a ella contribuyó Sobejano con un perspicaz prólogo. Estudioso de

inagotable curiosidad y gran amplitud de criterio, en los últimos años mostraba, según Nora Glickman, «un entusiasmo contagioso» por Juan Eduardo Zúñiga, Roberto Bolaño y Enrique Vila-Matas.

Sobejano se ocupó de todos los géneros. Bajo su lupa de comentarista sagaz cayeron el teatro clásico, la novela, también la lírica (por ejemplo, *Inmanencia y trascendencia en poesía. De Lope de Vega a Claudio Rodríguez*, Almar, 2003), el ensayo (examinó los componentes narrativos de los artículos de Ortega y Gasset), o el más desprotegido cuento, cuya teoría e historia conocía a la perfección. Con el tiempo, fue exégeta de la literatura del exilio republicano español y dedicó importantes trabajos a tres autores tan distintos como Max Aub (prologó *Hablo como hombre*, Fundación Max Aub, 2002), Francisco Ayala (recogidos en *Lecturas de Francisco Ayala*, 2012) y el raro pintor y escritor Eugenio F. Granell, con quien mantuvo relación amistosa.

A Sobejano le debemos libros imprescindibles, infinidad de artículos, ediciones de textos, entre estas la modélica de *La Regenta* (Castalia, 1981), o la dedicada a un tomo de cuentos de Clarín (*El Señor y lo demás, son cuentos*, Espasa Calpe, Austral, 1988). Leopoldo Alas fue uno de sus motivos de reflexión preferentes. Le consagró, además, dos libros: *Clarín en su obra ejemplar* (Castalia, 1985) y *Clarín crítico, Alas novelador (Catorce estudios)* (Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 2007). En este último, según recuerda en el prólogo, nos muestra al autor de *La Regenta* como un escritor consciente de que «en sus novelas y cuentos nunca deja de aparecer, a través de la elegía, la sátira, ni en muchos de sus artículos de crítica satírica, o alternando con ellos, el pensador profundo, comprensivo y compasivo» (pp. 7 y 8). Así, analiza el romanticismo de Leopoldo Alas, el lenguaje de la novela naturalista, diversos aspectos de *La Regenta*, como la relación con *Madame Bovary*, o el personaje de Ana Ozores y el papel del cuento a la luz de la novela. De sus trabajos sobre las letras decimonónicas cabe recordar sus análisis del vocabulario de los amantes o del aburrimiento y el erotismo en las novelas de Galdós, acerca de quien también mostró curiosidad por su obra dramática. Y dentro de este ámbito histórico editó la novela de Jacinto Octavio Picón *Dulce y sabrosa* (Cátedra, 2007). En el haber de nuestro estudioso figuran asimismo numerosas reseñas, siempre sabias y generosas.

Entre los primeros libros de Sobejano tenemos una recopilación de estudios cuyo mismo título apunta a la columna vertebral que sostiene sus análisis críticos y sus ensayos: *Forma literaria y sensibilidad social* (Gredos, *Campo abierto*, 1967). La obra incluye trabajos sobre Mateo Alemán, Galdós, Clarín, el 98 y Valle-Inclán. De 1967 data una monografía apabullante, *Nietzsche en España* (reeditado en el 2004 con un nuevo apéndice: «Sobre la recuperación de Nietzsche»). Le atrajeron los autores del 98. De Valle-Inclán estudió *Luces de bohemia* y prologó *Divinas palabras* (Austral, 1997); de Baroja y Azorín analizó diversas obras. Dedicó también numerosos estudios a las letras del Siglo de Oro, a la prosa de ideas, así como a diversos textos de Cervantes, Lope de Vega, Quevedo (de este último, editó en 1978 una recopilación de artículos en la útil colección *El escritor y la crítica*, de Taurus), Mateo Alemán y Gracián. Y se ocupó, aunque en menor medida, de la literatura hispanoamericana del siglo XX, con comentarios de César Vallejo, Borges y del poeta Gonzalo Rojas.

Llegado el siglo XXI venció su larga resistencia a reeditar su imprescindible estudio de 1970 *Novela española de nuestro tiempo (En busca del pueblo perdido)* (2005) y recogió en un par de volúmenes sus artículos dispersos sobre la narrativa de postguerra, a la que tantos trabajos notables había dedicado. Al rescate de este ensayo fundacional, todavía influyente y de obligada consulta, se añadieron *Novela española contemporánea, 1940-1995 (doce estudios)* (2003), que in-

cluye trabajos panorámicos, generales o con una temática concreta, valiéndose de categorías que han servido para entenderla y valorarla mejor, como *metanovela*, *novela poética*, *estructural*, *ensimismada*, o la menos afortunada de *novela pensamental...*, y *Lección de novelas (España entre 1940 y ayer)* (2007), su libro preferido, en el que acomete —como es habitual en sus investigaciones— un «estudio interpretativo» de los textos. Se trata casi siempre —afirma Sobejano— de «ensayos o como quiera llamárseles». Todos ellos aparecieron en el catálogo de la editorial madrileña Marenstrum.

La demostración mayor de su prestigio consiste en que un trabajo de su autoría o un libro prologado o editado por él eran un seguro de que resultaría de imprescindible lectura, pues siempre acababa dándonos mucho más de lo anunciado. Buena prueba de ello sería la ya recordada edición de los cuentos de Delibes (*La mortaja*, Cátedra, 1984) que en su prólogo incluye una extensa e inteligente reflexión sobre el género cuento, de la que los estudiosos posteriores tanto nos hemos aprovechado. Y sobre este género, nos dejó una importante antología, hecha en colaboración con Gary D. Keller, *Cuentos concertados. De Clarín a Benet* (1975), en la que incluía relatos de Unamuno, Baroja, Valle-Inclán, Max Aub, Francisco Ayala, Cela, Delibes, Sánchez Ferlosio, Fernández Santos, Aldecoa, Medardo Fraile, Carmen Martín Gaité y Ana María Matute, además de los autores citados en el título. Lamentablemente, nunca resultó fácil conseguirla en España, lo que mermó su debida influencia.

Se ocupó de la historia, la teoría y la crítica literaria, del lenguaje de los textos, así como de la historia de la crítica, con trabajos sobre Guillermo de Torre y Casaldueiro. A la crítica le dedicó un temprano estudio no recogido en libro, que sepamos: «La situación actual de la crítica literaria en España», *Levende Talen* (Groningen), núm. 213, febrero de 1962, pp. 74-90 (reimpreso en *Praxis* [Dortmund], núm. 1, 1963, pp. 20-26). Abordó, además, estudios panorámicos y brillantes análisis concretos de obras o motivos literarios relevantes.

En el año 2001 la editorial Gredos le ofreció un volumen, *Prosa y poesía. Homenaje a Gonzalo Sobejano*, coordinado por cuatro prestigiosos expertos en la literatura española (Christopher Maurer, Jean-François Botrel, Yvan Lissorgues y Leonardo Romero Tobar), en el que colaboraron destacados investigadores. Sobejano, que seguía escribiendo a pluma, se resistió a la utilización de las nuevas tecnologías, prescindiendo del fax, del correo electrónico y del teléfono móvil, aparato al que llamaba «el escarabajo». Además, para él, «el libro es algo que hay que tocar y no me gustan las pantallas de colores». Y así, en una carta a Delibes, del 2003, le comenta: «Me da mucha pereza someterme a todo esto del Internet, el ratoncito, el disquete, el inalámbrico pegado a la oreja, los “emilios” a bocajarro».

Tras jubilarse, y afligido por algunos achaques de salud, decidió quedarse a vivir el resto de sus días en Nueva York, y no regresar a su país, aunque lo visitaba con frecuencia. La universidad española había perdido la oportunidad de contar con su magisterio. En la mencionada correspondencia con el narrador vallisoletano pueden seguirse las cavilaciones de sus últimos años, que quizá tengan su origen —si bien remoto— en el fallecimiento de su esposa, pues tuvo que tomar antidepresivos, deseando como él mismo dice que llegase «un tiempo de mala memoria», para «encalmar la herida». A lo largo de aquellas cartas, Delibes y Sobejano, viudos tempranos (el vallisoletano desde 1974), se consuelan mutuamente tras hallar un cierto parecido entre sus situaciones respectivas, hasta el punto de trazar unas *vidas paralelas*, como las denomina el autor de *El camino*. Los quebrantos de la salud se convierten durante esos últimos años en un tema constante de conversación

S. SANZ  
VILLANUEVA Y  
F. VALLS /  
IN MEMORIAM  
GONZALO  
SOBEJANO...



S. SANZ  
VILLANUEVA Y  
F. VALLS /  
IN MEMORIAM  
GONZALO  
SOBEJANO...

recurrente, tras detectarle a Sobejano un cáncer de próstata en el 2002 y un linfoma en el 2008. Con el comienzo del siglo, muy solicitado como conferenciante, confiesa huir de los congresos, los aviones y la desesperación de los aeropuertos... Delibes falleció en el 2010; dos años antes, Sobejano le confiesa sentirse huérfano, pero *hermano* de su interlocutor. No ya amigo, y pocos han exaltado tanto la amistad como Delibes, sino *hermano*. No en vano, unos años antes, cuando se cumplía el siglo, el escritor le anuncia que van a encargarle un prólogo sobre su obra porque «quiero seguir unido a tu nombre hasta el fin».

Haciendo balance de su propia trayectoria, Sobejano, que tras haber sido educado en la estilística se adaptó al estructuralismo, a su corriente —por así decir— estilístico estructural, ha descreído de la crítica feminista y de los denominados *estudios culturales*, e incluso de los empeños trasatlánticos de algunos de sus colegas, pues confiesa que lo que más le ha interesado siempre de la ficción ha sido el arte literario. Entre burlas y veras, recuerda que se apropió de un sistema de valores que defendía Juan Benet: *me gusta o no me gusta y me interesa o no me interesa*; junto con *me gusta y me interesa* versus *no me gusta y no me interesa*. Quizá, por ello, tampoco sintiera aprecio alguno por los superventas, del tipo Dan Brown, Umberto Eco o Ruiz Zafón, por recordar tres ejemplos muy distintos a los que él mismo se refiere. Sea como fuere, con la muerte de Gonzalo Sobejano concluye la que quizás haya sido la época más brillante del hispanismo americano, la cual no parece tener visos de volver a repetirse.

Miguel Delibes y Gonzalo Sobejano han sido piezas fundamentales del sistema cultural y literario español de la segunda mitad del siglo XX, el primero como periodista y narrador reputado, y el segundo como filólogo e historiador de la literatura sobresaliente. Los interesados en saber más de nuestro insigne estudioso pueden acercarse a varias fuentes (la página de la *Biblioteca Virtual Cervantes* preparada por F. J. Díaz de Revenga, la entrevista filmada por Gary F. Keller en el 2009 y la conversación con Patricia Almarcegui, *Revista de Occidente*, núm. 354, 2010, pp. 131-143), pero con este obituario incompleto queremos recordarlo con aprecio y admiración intelectual. Y no estará de más, creemos, señalar un rasgo humano de su trato serio pero cálido. Fue generoso en gastar parte de su tiempo en atender a sus estudiantes que se iniciaban en el hispanismo, a quienes proporcionaba contactos con otros estudiosos que pudieran orientarles. Y fue desprendido en los intereses materiales. Con la editorial Marenstrum firmó los correspondientes contratos de autor para los libros citados. Tras recibir las primeras liquidaciones mandó una carta al editor en la que le rogaba que no le hiciera ningún otro ingreso y con aquel escrito renunciaba a sus derechos futuros. Le bastaba con que sus páginas hubieran sido publicadas.

K

Era un modesto empleado  
de una Sociedad de Seguros  
que hacía, por deber, sumas y restas.

Volvía a su escondite  
y allí, tozudo escarabajo,  
fantasma de la tarde gélida,  
ovillaba por sueño  
torturados enigmas.

Para darle sentido a las jornadas  
fingía ser avaro,  
reuniendo unas monedas  
que en un cajón guardaba sin mirarlas.

Fue perseguido sin saber por qué  
y sin saber por qué  
procesado y matado.

No murió:  
fue llamado a medir tierras  
a un alcázar remoto,  
a una jaula, a otro sótano.

Tal vez entre sirenas y bacterias  
divagaba, en la tarde, por los puentes  
de una ciudad oscura.

Enterrado en la alterna madriguera  
del oficio y del arte,  
miraba absorto números y letras  
sin esperar jamás de nadie nada,  
preso en su mente, inerte y solitario,  
condenado a la niebla del olvido  
y a las tardes halagos  
de la celebridad  
en la posteridad.

12 enero 2009

S. S. V.—UNIVERSIDAD COMPLUTENSE  
F. V.—UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA

## MERCEDES SERNA / DESVENTURAS DE LAS PRIMERAS MUJERES LLEGADAS A LA NUEVA ESPAÑA: EL RELATO DE BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO

Juan Francisco Maura, en su estudio *Españolas de ultramar en la historia y en la literatura*, afirma que la conquista no fue un hecho exclusivamente masculino, sino que las mujeres jugaron un papel de primer orden, como acompañantes de sus maridos y hasta en

expediciones y primeros asentamientos (Maura, 2005: 23). Como afirma O'Sullivan-Bear: «no creemos que la historia de ningún país haya producido en tan poco tiempo un cúmulo tal de hembras heroicas, casi ninguna de las cuales ha dejado más que un nombre